

haber seguido mis consejos, y de haberse negado con la terquedad de un subterfugio calavera a ir a casa del rey; sentía que las negociaciones se llevaran a cabo sin su intervención, y no poder participar del poder político y de los manejos de dinero que se preparaban. Le dije que, aunque difería de su opinión, quedaba tan afecto a él como un embajador a su ministro, y que, por otra parte, ya tenía amigos cerca del rey y esperaba bien pronto saber algo bueno. El señor de Talleyrand, inclinándose sobre mis hombros, me manifestó una verdadera ternura, y en aquel momento me consideraba ciertamente como un gran hombre.

No tardé en recibir un billete del señor de Duras; me escribía desde Cambrai que el asunto estaba arreglado, y que el señor de Talleyrand iba a recibir la orden de ponerse en camino: esta vez no dejé de obedecer el príncipe.

Del mismo Mons, y en medio de todas sus dificultades, fué de donde el príncipe de Benevento mandó a Nápoles al señor de Perray a percibir los millones de uno de sus tratos de Viena. El señor de Blacas marchaba al mismo tiempo con la embajada de Nápoles en su bolsillo, y los millones que el generoso desterrado de Gante le había dado en Mons. Yo me había sostenido en relaciones amistosas con el señor de Blacas, precisamente porque todo el mundo le detestaba; yo había obtenido la amistad del señor de Talleyrand por mi fidelidad a un capricho de su carácter; el rey me había llamado positivamente cerca de su persona, y yo cometí la torpeza de no aceptar el favor del rey: era, pues, muy justo que recibiese la recompensa de mi estupidez, y que fuese abandonado de todos por haberlos querido servir. Regresé a Francia sin tener con qué pagar los gastos del viaje, mientras que llovían tesoros sobre los desgraciados. Bien merecía aquella lección. Está muy bien convertirse en caballero pobre, cuando todo el mundo está repleto de oro; pero para esto no es necesario cometer faltas tan enormes como las mías. Si hubiese seguido al lado del rey, la combinación del ministerio Talleyrand y Fouché se habría hecho casi imposible, y al comenzar la Restauración por un ministerio moral y honroso, todas las combinaciones del porvenir podían haber cambiado. La indiferencia con que yo consideraba mi persona me engañaba sobre la importancia de

los hechos: la mayor parte de los hombres tiene el defecto de darse demasiado valor, yo, en cambio, tengo el de no darme bastante. Me envolví, pues, en el desdén habitual de mi suerte; pero habría debido ver que la fortuna de Francia se hallaba ligada en aquel momento a la de mi insignificante destino. Este fué uno de esos enredos históricos que se ven con tanta frecuencia.

DE MONS A GONESSE. — ME OPONGO CON EL CONDE BEUGNOT AL NOMBRAMIENTO DE FOUCHÉ COMO MINISTRO. — MIS RAZONES. — EL DUQUE DE WÉLLINGTON. — ARNOUVILLE. — SAINT-DENIS. — ÚLTIMA CONVERSACIÓN CON EL REY.

Salí al fin de Mons, llegando a Cateau-Cambresis, donde me alcanzó el señor de Talleyrand: teníamos el aspecto de ir a rehacer el tratado de paz de 1559 entre Enrique II de Francia y Felipe II de España.

En Cambrai nos encontramos con que el marqués de La Suze, mariscal aposentador del tiempo de Fenelón, había dispuesto de los billetes de alojamiento de la señora de Levis, de mi esposa y del mío: nos quedamos en la calle en medio de los fuegos de artificio y de la multitud que circulaba en rededor nuestro, y de los habitantes que gritaban: ¡viva el rey! Habiendo sabido un estudiante que yo estaba allí, nos condujo a la casa de su madre.

Los amigos de las diversas monarquías de Francia empezaban a aparecer: no venían a Cambrai para la liga contra Venecia, sino para asociarse contra las nuevas constituciones, y acudían a poner a los pies del rey sus fidelidades sucesivas y su odio a la Carta, pasaportes que juzgaban indispensables para con *Monsieur*.

El 23 de junio apareció la declaración de Cambrai, en la cual decía el rey: «Yo no quiero alejar de mi persona sino a esos hombres cuya fama es objeto de dolor para Francia y de espanto para Europa.» ¡Ya lo veis, el nombre de Fouché era pronunciado con gratitud por el pabellón Marsán! El monarca se refa de la nueva pasión de su hermano, y decía: «No le ha venido por inspiración divina.» Ya os he contado que atravesando a Cambrai después de los Cien Días, en vano busqué la habitación donde viví cuando estaba en el regimiento de Navarra, y el café a que concurría con La

Martinière: todo había desaparecido con mi juventud.

De Cambrai fuimos a dormir a Roye: la dueña de la posada tomó a mi esposa por la señora Delfina, y fué llevada en triunfo a una sala donde había servida una mesa de treinta cubiertos. La posadera no quería recibir paga alguna, y decía: «Yo me miro con malos ojos por no haberme hecho guillotinar por nuestros reyes.» ¡Última chispa de un fuego que había animado a los franceses durante tantos siglos!

El general Lamothe, cuñado del señor Laborie, fué enviado por las autoridades de la capital para instruirnos de que nos sería imposible presentarnos en París sin la escarapela tricolor. El señor de La Fayette y otros comisionados iban de estado mayor en estado mayor mendigando cerca de extranjeros un señor cualquiera para Francia: según la elección de los cosacos, cualquier rey sería bueno con tal de que no descendiese de San Luis ni de Luis XIV.

En Roye se celebró consejo: El señor de Talleyrand nos leyó una memoria, donde examinaba el partido que debería tomarse, y en la que aventuraba algunas palabras sobre la necesidad de admitir indistintamente a todo el mundo a todos los destinos, dando a entender que se podría llegar generosamente hasta los jueces de Luis XVI. El rey se encendió y exclamó golpeando con sus dos manos los brazos del sillón: «¡Jamás!» Este jamás se convirtió en veinticuatro horas.

En Senlis nos presentamos en casa de un canónigo, cuya criada nos recibió como a perros. En cuanto al dueño, que no era San Rieul, patrón de la ciudad, ni siquiera quiso mirarnos. Su ama tenía orden de no prestarnos más servicio que el de comprarnos la comida por nuestro dinero. Sin embargo, Senlis hubiera debido sernos de buen agüero, porque en esta ciudad fué donde Enrique IV se salvó de manos de sus carceleros en 1576. «Sólo siento — exclamaba al escaparse el rey, compatriota de Montaigne— dos cosas que he dejado en París: la misa y mi mujer.»

De allí nos trasladamos a la cuna de Felipe Augusto, de otro modo Gonesse: al acercarnos a la aldea vimos dos personas que se adelantaban hacia nosotros: eran el mariscal Macdonald y mi fiel amigo Hyde de Neuville, quienes pagaron nuestro coche y nos preguntaron dónde estaba el señor de Talleyrand. Ninguno

na dificultad tuvieron en decirme que le buscaban a fin de informar al rey que S. M. no debía pensar en regresar a París antes de haber tomado a Fouché por ministro. La inquietud me acometió, pues a pesar de la manera con que el monarca se había pronunciado en Roye, yo no estaba muy tranquilo. «Cómo, señor mariscal — le pregunté—: ¿es cierto que no podemos volver sino con tan duras condiciones?» «A fe mía, señor vizconde — me contestó el mariscal—, que no estoy bien convencido de ello.»

Luis XVIII se detuvo dos horas en Gonesse. Yo dejé a mi esposa en medio del camino en su coche, y acudí a consejo al corregimiento. Se puso a deliberación una medida de la que debía depender la suerte futura de la monarquía. La discusión se entabló, y yo sostuve, solo con el señor Beugnot, que en ningún caso debía admitir el monarca en sus consejos a Fouché. El rey escuchaba, y yo comprendía que de buena gana hubiera cumplido la palabra de Roye, pero estaba dominado por *Monsieur* y apremiado por el duque de Wellington.

En un capítulo de la *Monarquía según la Carta*, reasumí las razones que hice valer en Gonesse. Estuve animado, y la palabra hablada tiene un poder que se debilita en la palabra escrita: «En todas partes donde hay abierta una tribuna— dije en este capítulo—, nadie que pueda estar expuesto a cargos de cierta índole, debe ser colocado a la cabeza del gobierno, pues un discurso, una palabra obligaría a semejante ministro a presentar su dimisión al salir de la Cámara. Esta imposibilidad que resulta del principio libre de los gobiernos representativos, fué la que no se conoció cuando todas las ilusiones se reunieron para elevar a un hombre famoso al ministerio, no obstante la repugnancia demasiado fundada de la corona. La elevación de este hombre había de producir una de estas dos cosas: o la abolición de la Carta, o la caída del ministerio a la apertura de las sesiones. Representémonos al ministro a quien me refiero, escuchando en la Cámara de Diputados la discusión sobre el 21 de enero, pudiendo ser apostrofado a cada instante por el gran diputado de Lyon y siempre amenazado por el terrible *Tu es ille vir!* Los hombres de esta naturaleza no pueden ser empleados ostensiblemente sino con los mudos del serrallo de Bayaceto o con los mudos del Cuerpo legislativo de Napoleón. ¿Qué se-

ría el ministro si un diputado, subiendo a la tribuna con un *Monitor* en la mano, leyera el dictamen de la Convención de 9 de agosto de 1795? ¿Si pide la expulsión de Fouché como indigno, en virtud de ese dictamen que le *echaba* (hablo textualmente) como un ladrón y un terrorista, y cuya conducta atroz y criminal comunicaba la deshonra y el oprobio a toda asamblea de la cual llegase a ser miembro?»

¡He aquí las cosas que no se han tenido en cuenta!

Y después de todo, ¿se había tenido la desgracia de creer que un hombre de esta especie podía ser útil en alguna ocasión? ¿Era preciso dejarle detrás de la cortina, consultar su triste experiencia; pero hacer violencia a la corona y a la opinión, llamando a cara descubierta a un ministro semejante, a un hombre a quien Bonaparte en aquel mismo momento trataba de infame, no era declarar que se renunciaba a la libertad y a la virtud? ¿Una corona vale semejante sacrificio? Ya no había facultad para alejar a nadie. ¿A quién se podría excluir después de haber admitido a Fouché?

Los partidos obraban sin meditar en la forma del gobierno que habían adoptado: todo el mundo hablaba de constitución, de libertad, de igualdad, de derecho de los pueblos, y nadie quería nada de esto. Liberales y realistas inclinábanse al gobierno absoluto mejorado por las costumbres: éste es el temperamento de Francia.

Mi capricho relativo a una carta puesta en movimiento por la acción religiosa y moral, fué causa de la malquerencia que en ciertos partidos me han profesado: para los realistas, yo amaba demasiado la libertad; para los revolucionarios, yo despreciaba demasiado los crímenes. Si no me hubiese encontrado allí, con gran detrimento mío, para hacerme maestro de escuela de constitucionalismo, desde los primeros momentos, los ultra y los jacobinos se habrían metido la constitución en el bolsillo de su frac a lo flor de lis, o de su carmañola a lo Casio.

El señor de Talleyrand no quería a Fouché: el señor Fouché detestaba y, lo que es más extraño, despreciaba al señor de Talleyrand. Este, que al principio se habría contentado con no ser unido a Fouché, conociendo que éste era inevitable, secundó el proyecto, sin advertir que con la Carta, él, unido al ametrallador

de Lyon, no era más posible que Fouché.

Pronto se verificó lo que yo había anunciado: no se tuvo el derecho de la admisión del duque de Otranto, sino solamente el oprobio: acercándose la sombra de las Cámaras, bastó para hacer desaparecer a ministros demasiado expuestos a la franqueza de la tribuna.

Mi oposición fué inútil: siguiendo la costumbre de los caracteres débiles, el rey levantó la sesión sin determinar nada; el decreto debía darse en el castillo de Arnouville.

Allí no se celebró un consejo en regla, pues sólo fueron reunidos los íntimos y afiliados en el secreto. El señor de Talleyrand, que se nos había adelantado, se confabuló con sus amigos, y después llegó el duque de Wellington, a quien vi pasar en una carretela, ondeando en el aire las plumas de su sombrero: venía a otorgar a Francia al señor Fouché y al señor de Talleyrand, como el doble presente que la victoria de Waterloo hacía a nuestra patria. Cuando se le exponía que el regicida duque de Otranto podía ser un inconveniente, contestaba: «¡Eso es una bagatela!» ¡Un irlandés protestante, un general inglés, ajeno a nuestras costumbres y a nuestra historia, un ingenio que no veía en el año 1793 francés, más que el antecedente inglés de 1649, era el encargado de arreglar nuestros destinos! ¡La ambición de Napoleón nos había reducido a esta miseria!

En Arnouville faltaba pan, y sin un oficial, llamado Dubourg, hubiéramos ayunado; este oficial salió al merodeo, trayéndonos medio carnero a la habitación del corregidor, que se había fugado. Si hubiera tenido armas la criada de este corregidor, nos habría recibido como Juana Hachette.

Después nos trasladamos a Saint-Denis: por las dos orillas de la calzada se extendían los vivaques ingleses y prusianos, y desde lejos se percibían las torres de la abadía. En sus cimientos arrojó Dagoberto sus joyas, y en sus subterráneos las razas sucesivas enterraron a sus reyes y a sus grandes hombres: cuatro meses antes habíamos depositado allí los huesos de Luis XVI. Cuando regresé de mi primer destierro en 1800, atravesé esa misma llanura de Saint-Denis, y aun no acampaban en ella sino soldados de Bonaparte; todavía reemplazaban franceses a las antiguas bandas del condestable de Montmorency.

Un panadero nos alojó, y a las nueve

de la noche fui a hacer mi visita al rey, que se había hospedado en los edificios de la abadía. Primero entré en la iglesia, iluminada únicamente por una lámpara, y me puse a orar a la entrada de la bóveda, donde había visto descender a Luis XVI. Lleno de temor por el porvenir, no sé si nunca he tenido el corazón anegado en una tristeza más profunda y más religiosa. Luego me dirigí a los aposentos de S. M., e introducido en una de las salas que precedían a la del rey, como no vi a nadie, me senté en un rincón, y esperé. De pronto se abrió una puerta, y apareció el vicio apoyado en el brazo del crimen: el señor de Talleyrand sostenido por el señor Fouché. La visión infernal pasó lenta y silenciosamente, penetró en el gabinete del rey, y desapareció. Fouché iba a jurar fe y homenaje a su señor: arrodillado el regicida, colocó las manos que hicieron caer la cabeza de Luis XVI entre las del hermano del rey mártir, y el obispo apóstata prestó caución del juramento.

Al día siguiente todo el mundo hablaba del nombramiento de Fouché, tanto la virtud como el vicio, el realista como el revolucionario, el extranjero como el francés; en todas partes se oía decir: «Sin Fouché no hay seguridad para el rey; sin Fouché no hay salvación para Francia; él solo ha salvado ya la patria, y él solo puede terminar su obra.» La anciana duquesa de Duras era una de las nobles damas más animadas en el himno, y el bailío de Crussol también hacía coro, afirmando que, si aun tenía su cabeza sobre los hombros, era porque lo había permitido el señor Fouché. Los cobardes habían tenido tanto terror a Napoleón, que habían tomado por un Tito al destructor de Lyon. Por espacio de más de tres meses los salones de Saint-Germain me miraron como un descreído, porque había desaprobado el nombramiento de sus ministros.

Entre tanto continuaba el engaño; en vano la guardia nacional de París llegaba a protestar de su adhesión, pues se aseguraba que esta guardia estaba mal dispuesta. La facción había hecho cerrar las barreras, a fin de prohibir al pueblo que permaneció realista durante los Cien Días, que saliera de la ciudad, y se añadía que este pueblo amenazaba degollar a Luis XVIII cuando pasara. La ceguera era milagrosa, pues el ejército francés se retiraba sobre el Loira; ciento cincuenta mil aliados ocupaban los puntos

exteriores de la capital, y aun se pretendía que el rey no era bastante fuerte para entrar en una ciudad donde no había un soldado, y si sólo vecinos muy capaces de contener a un puñado de federados si se hubieran atrevido a moverse. Desgraciadamente el monarca, por un conjunto de coincidencias fatales, parecía el jefe de los ingleses y de los prusianos; creía estar rodeado de libertadores, y estaba acompañado de enemigos; se creía defendido por una escolta de honor, y esta escolta no era otra cosa en realidad más que los gendarmes que le conducían fuera de su reino, y atravesaba París acompañado de extranjeros cuyo recuerdo serviría un día de pretexto para el destierro de su raza.

El gobierno provisional, formado después de la abdicación de Napoleón, fué disuelto por una especie de acta acusadora contra la corona: piedra sobre la cual se esperaba edificar un día una nueva revolución.

En la primera Restauración yo opinaba que se conservase la escarapela tricolor, pues brillaba con toda su gloria, y la blanca estaba olvidada: al conservar colores que habían legitimado tantos triunfos, no se preparaba para una revolución previsora una señal de reunión. No tomar la escarapela blanca hubiera sido prudente; pero abandonarla después que había sido llevada por los mismos granaderos de Bonaparte, era una cobardía: no se pasa impunemente bajo las horcas caudinas; lo que deshonra es funesto; una bofetada no causa físicamente ningún daño, y, sin embargo, mata.

Antes de salir de Saint-Denis fuí recibido por el rey, y tuve con él la conversación siguiente:

«—¡Y bien! — me dijo Luis XVIII, empezando el diálogo con esta exclamación.

»—¿Conque tomáis al duque de Otranto, señor?

»—Ha sido preciso; desde mi hermano hasta el bailío de Crussol (y éste no es sospechoso), todos decían que no podíamos obrar de otra manera; ¿qué pensáis de ello?

»—Señor, la cosa está ya hecha, y pido a V. M. permiso para callarme.

»—No, no, hablad: no ignoráis cuánto he resistido desde Gante.

»—Señor, no hago más que obedecer vuestras órdenes; perdonad mi fidelidad: creo terminada la monarquía.»

El rey guardó silencio, y yo empezaba

a temblar por mi atrevimiento, cuando S. M. repuso:

«—Pues bien, señor de Chateaubriand; soy de vuestro parecer.»

Este diálogo termina mi narración de los Cien Días.

Revisado en diciembre de 1846.

BONAPARTE EN LA MALMAISON.—ABANDONO GENERAL.—SALIDA DE MALMAISON.—RAMBOUILLET.—ROCHEFORT.—BONAPARTE SE REFUGIA EN LA ESCUADRA INGLESA.—ESCRIBE AL PRÍNCIPE REGENTE.—BONAPARTE A BORDO DEL «BELEROFONTE».—TORBAY.—ACTA QUE CONFINA A BONAPARTE A SANTA ELENA.—SE TRASBORDA AL «NORTHUMBERLAND» Y SE HACE A LA VELA.

Si un hombre fuera repentinamente transportado desde las escenas más ardientes de la vida a la orilla silenciosa del Océano helado, experimentaría lo que yo experimento cerca de la tumba de Bonaparte; porque henos aquí llegados al borde de esa tumba.

Habiendo salido Napoleón de París el 25 de junio, esperaba en Malmaison el instante de su marcha de Francia.

El palacio de Malmaison estaba desierto. Josefina había muerto, y Bonaparte se encontraba solo en este retiro, donde había comenzado su fortuna, donde había sido feliz, donde se había embriagado con el incienso de la tierra. En estos jardines donde poco antes los pies de la multitud se imprimían en sus calles enarenadas, crecían ahora la hierba y los espinos; los árboles exóticos morían faltos de cuidados; en los canales no bogaban ya los cisnes negros de la Oceanía; la pajarera no encerraba ya las aves del trópico, que habían volado para ir a esperar a su huésped en su patria.

Napoleón pudo, sin embargo, encontrar un motivo de consuelo volviendo los ojos hacia sus primeros días: los monarcas caídos se afligen sobre todo porque no ven en el momento de su caída más que un esplendor hereditario y las pompas de su cuna; pero, ¿qué descubriría Bonaparte anteriormente a sus prosperidades? El establo de su nacimiento en una aldea de Córcega. Más magnánimo, debió arrojar el manto de púrpura, para revestir con orgullo el sayón del carbrero; pero los hombres no se vuelven a

colocar en su origen cuando éste fué humilde, y parece como si el injusto cielo les privara de su patrimonio cuando en la lotería de la suerte no hacen más que perder lo que habían ganado: sin embargo, la grandeza de Napoleón viene de lo que había salido de sí mismo, puesto que nada de su sangre le había precedido ni preparado su poder.

Al aspecto de estos jardines abandonados, de estos aposentos deshabitados, de estos salones donde ya no resonaban los cantos y la música, Napoleón podía repasar toda su carrera y preguntarse si con un poco más de moderación no habría conservado sus felicidades. No eran los extranjeros ni sus enemigos los que le desterraban ahora, ni se iba casi vencedor, dejando a las naciones admiradas después de la prodigiosa campaña de 1814, sino que franceses y amigos exigían su inmediata abdicación, apresuraban su marcha; no le querían ya ni por general, y le despachaban correo tras correo para obligarle a abandonar el suelo sobre que había derramado tanta gloria como desgracias.

A esta lección tan dura se unían otras advertencias: los prusianos andaban por las cercanías de Malmaison, y Blücher, medio ebrio, ordenaba *coger* y ahorcar al conquistador que *había puesto el pie sobre el cuello de los reyes*. La rapidez de las fortunas, la vulgaridad de las costumbres, la prontitud de la elevación y caída de los personajes modernos, temo que han de quitar a nuestro tiempo una parte de la nobleza de la historia: Roma y Grecia no hablaron nunca de *coger* a Alejandro ni a César.

Las escenas que habían tenido lugar en 1814 se renovaron en 1815, pero de una manera algo más extraña, porque los ingratos estaban estimulados por el miedo: era preciso deshacerse pronto de Bonaparte, porque los aliados llegaban: Alejandro no estaba allí en el primer momento para templar el triunfo y contener la insolencia de la fortuna.

Todas las miserias adquirieron en los Cien Días un nuevo grado de indignidad: afectando elevarse por amor a la patria, sobre las adhesiones personales, gritaban que Napoleón había sido demasiado criminal en violar los tratados de 1814; pero los verdaderos culpables, ¿no eran aquellos que habían favorecido sus designios? Si en 1815, en vez de proporcionarle ejércitos después de haberle abandonado una vez para abandonarle otra, le

hubieran dicho cuando llegó a las Tullerías: «Vuestro genio os ha engañado, y la opinión no es ya nuestra; tened piedad de Francia. Retiraos después de esta última visita a la tierra, y marchaos a vivir a la patria de Washington. ¿Quién sabe si los Borbones no cometerán faltas? ¿Quién sabe si un día Francia habrá de volver los ojos hacia vos, cuando en la escuela de la libertad hayáis aprendido el respeto a las leyes? Entonces volveréis, no como un raptor que cae sobre su presa, sino como un gran ciudadano pacificador de su país.»

Pero no le hablaron este lenguaje: se prestaron a las pasiones de su jefe, y contribuyeron a cegarle, seguros como estaban de aprovecharse de su victoria o de su derrota. Sólo el soldado murió por él con una sinceridad admirable. ¡Y si los visires del califa despojador se hubiesen contentado con volverle la espalda! Pero no; se aprovecharon de sus últimos momentos; le apuraban con sordidas pretensiones, y todos querían sacar dinero de su pobreza.

Napoleón había dado lugar a este completo abandono: insensible a las penas de los demás, el mundo le devolvió indiferencia por indiferencia. Como la mayor parte de los déspotas, estaba bien con su domesticidad; en el fondo, no dependía de nadie: hombre solitario, se bastaba a sí propio; la desgracia no hizo más que restituirlo al desierto de su vida.

Cuando recojo mi memoria y recuerdo haber visto a Washington en su casita de Filadelfia y a Bonaparte en sus palacios, me parece que Washington, retirado en su campo de la Virginia, no debía experimentar las angustias de Bonaparte cuando esperaba el destierro en sus jardines de la Malmaison. Nada ha cambiado en la vida del primero a sus costumbres sencillas, que no se había elevado sobre la felicidad de los colonos, a quienes había dado la libertad; pero todo estaba trastornado en la vida del segundo.

Bonaparte salió de la Malmaison acompañado de los generales Bertrand, Rovigo y Beker, este último en calidad de vigilante o comisario. En el camino tuvo deseos de detenerse en Rambouillet, de donde salió para embarcarse en Rochefort, como Carlos X para embarcarse en Cherburgo: Rambouillet, asilo sin gloria, donde se eclipsó lo que hubo de más

grande en la raza y en el hombre; ¡sitio fatal, donde murió Francisco I; donde Enrique III, huyendo de las barricadas, se acostó vestido y de paso; donde Luis XVI ha dejado su sombra! ¡Felicidades Luis, Napoleón y Carlos, si no hubieran sido más que oscuros pastores de los rebaños de Rambouillet!

En Rochefort vacilaba Bonaparte, pero la comisión ejecutiva enviaba orden tras orden, diciendo: «Las guarniciones de Rochefort y de la Rochela deben prestar auxilio para hacer embarcar a Napoleón. Emplead la fuerza... hacédle marchar... sus servicios no pueden ser aceptados.»

¡Los servicios de Bonaparte no podían ser aceptados! ¿Pues no aceptasteis sus beneficios y sus cadenas? Napoleón no se iba, sino que era echado; ¿y por quién?

Bonaparte sólo creyó en la fortuna, y ahora una justa pena del talió le hacía comparecer ante su sistema. Cuando el triunfo, dejando de animar su persona, se encarnó en otro individuo, los discípulos abandonaron al maestro por la escuela. Yo que creo en la legitimidad de los beneficios y en la soberanía de la desgracia, si hubiera servido a Bonaparte, no le habría abandonado; antes por el contrario, le habría probado por mi fidelidad la falsedad de sus principios políticos; al compartir sus desgracias, hubiera permanecido a su lado como un mentís vivo de sus estériles doctrinas y del poco valor del derecho de la prosperidad.

Desde el 1.º de julio le aguardaban unas fragatas en la rada de Rochefort, pero, esperanzas que nunca mueren, recuerdos inseparables del último adiós, le detuvieron. ¡Cuánto debía echar de menos los días de su infancia, cuando sus ojos serenos no habían visto caer todavía la primera lluvia! Dió tiempo a la escuadra inglesa de acercarse. Aún pudo haberse embarcado en un lugre que lo hubiera trasbordado a un buque danés (este partido fué el que tomó su hermano José); pero le faltó resolución al mirar las costas de Francia. Tenía aversión a una república; le repugnaban la igualdad y la libertad de los Estados Unidos. Inclínabase a pedir un asilo a los ingleses, y decía a los que le rodeaban: «¿Qué inconveniente encontraréis en ese partido?» «El inconveniente de deshonraros— le contestó un oficial de marina—; ni siquiera debéis caer entre manos de in-

gleses, pues os harán empalar para enseñaros a unos chelines la entrada.»

A pesar de estas observaciones, el emperador resolvió entregarse a sus vencedores. El 13 de julio, estando ya en París Luis XVIII hacía cinco días, Bonaparte envió al capitán del navío inglés, el *Belerofonte*, esta carta para el príncipe regente:

«Alteza real, blanco de las facciones que dividen mi país, y de la enemistad de las más grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera política, y vengo, como Temístocles, a sentarme al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de V. A. R. como el más poderoso, más constante y más generoso de mis enemigos.

Rochefort, 13 de julio de 1815.

Si durante veinte años no hubiera llenado Bonaparte de ultrajes al pueblo inglés, a su gobierno, a su rey y al heredero de este rey, se hubiera podido encontrar alguna conveniencia de tono en esta carta; pero, ¿cómo esta *Alteza Real* tan insultada, tan despreciada de Napoleón, se convierte de repente en el más poderoso, el más constante, el más generoso de sus enemigos, por la única razón de que es victorioso? El no podía estar convencido de lo que decía, y lo que no es verdad no es elocuente.

Algo peor que una falta de sinceridad hay en el paso dado por Bonaparte; hay el olvido de Francia. El emperador sólo se ocupa de su catástrofe individual, y nada suponen los franceses para él. Sin pensar que, al dar la preferencia a Inglaterra sobre América, la elección era un ultraje al luto de la patria, solicitó un asilo del gobierno que hacía veinte años concitaba a Europa contra Francia, de ese gobierno, cuyo comisionado en el ejército ruso, el general Wilson, había excitado a Kutuzof en la retirada de Moscú, para que acabase de exterminar su ejército. Los ingleses, afortunados en la batalla final, estaban acampados en el Bosque de Bolonia. ¡Id, pues, oh Temístocles, a sentaros tranquilamente en el hogar británico, en tanto que la tierra no ha acabado de absorber aún la sangre francesa derramada por vos en Waterloo! ¿Qué papel hubiera hecho el fugitivo, festejado tal vez, a orillas del Tá-

mesis, frente de Francia invadida, de Wellington hecho dictador en el Louvre? Pero los ingleses, dejándose llevar de una política mezquina y rencorosa, destruyeron su último triunfo: en vez de perder al suplicante, admitiéndolo en sus cárceles o en sus festines, hicieron más brillante para la posteridad la corona que creían haberle arrebatado. En el cautiverio creció con el enorme terror de las potencias, inútilmente le encadenaba el Océano; Europa armada acampaba a la orilla con los ojos fijos en el mar.

El 15 de julio transportó el *Epervier* a Napoleón al *Belerofonte*. La embarcación francesa era tan pequeña, que desde a bordo del buque inglés no se veía al gigante sobre las olas. Al acercarse el emperador al capitán Maitland, le dijo: «Vengo a ponerme bajo la protección de las leyes de Inglaterra.» Una vez, al menos, el conculcador de las leyes reconocía su autoridad.

La escuadra hizo rumbo hacia Torbay: una porción de barcas cruzaban alrededor del *Belerofonte*. El 30 de julio entregó lord Keith al requirente el decreto que le confinaba a Santa Elena. «Esto es peor que la jaula de Tamerlán», dijo Bonaparte.

Esta violación del derecho de gentes y del respeto a la hospitalidad, era irritante. El que nace en un buque, sea de la clase que fuere, con tal que esté a la vela, es considerado como inglés de nacimiento, y, con arreglo a las antiguas costumbres de Londres, las olas están reputadas como tierra de Albión. ¡Y un navío inglés dejó de ser en este caso ara inviolable para un suplicante, no poniendo bajo la protección del tridente inglés al gran hombre que abrazó la popa del *Belerofonte*! Bonaparte protestó y argumentó con leyes; habló de traición y de perfidia, y apeló al porvenir. ¿Le sentaba esto bien? ¿No había él hollado también las cosas santas, cuya garantía invocaba? ¿No había arrebatado él a Tousseint-Louverture y al rey de España? ¿No hizo prender y retener prisioneros por espacio de años, a los viajeros ingleses que se hallaban en Francia en el momento de la ruptura del tratado de Amiens? ¡Permitase, por lo tanto, a la mercantil Inglaterra imitar lo que él mismo había hecho, y usar de innobles represalias!

En Napoleón no correspondía la grandeza del corazón con las dimensiones de

la cabeza. Sus querellas con los ingleses son deplorables e irritan a lord Byron. ¿Por qué se dignó honrar con una palabra a sus carceleros? Se padece mucho al verlo descender a conflictos de palabras con lord Keith en Torbay, con sir Hudson Lowe en Santa Elena, y discutir sobre un título y sobre un poco más o menos de oro y de honores.

Reducido a sí mismo, Bonaparte estaba reducido a su gloria, y esto debía bastarle: nada debía haber pedido a los hombres: no trataba bastante despóticamente a la adversidad, y fácilmente se le habría perdonado hacer de ésta su último esclavo. Yo no encuentro nada notable en su protesta contra la violación de la hospitalidad, sino la firma que la terminaba: *A bordo del Belerofonte, en la mar. Napoleón*. En estas armonías se ve la inmensidad.

Del *Belerofonte* se trasbordó Bonaparte al *Northumberland*, escoltado por dos fragatas que conducían la futura guarnición de Santa Elena: algunos oficiales de ella habían combatido en Waterloo. Por un artículo de las instrucciones del capitán, *Bonaparte debía ser desarmado*: ¡Napoleón, solo, prisionero en un buque, en medio del Océano, *desarmado*! ¡Qué magnífico terror de su poder; pero, al mismo tiempo, qué lección del Cielo para los hombres que abusan de su poderío! El estúpido almirantazgo trataba como un sentenciado de Botany-Bay a la gran concepción de la especie humana: ¿el príncipe Negro hizo desarmar al rey Juan?

La escuadra levó anclas. Desde la barca que condujo a César, ningún buque estuvo cargado con un destino semejante. Napoleón se acercaba a esa mar de los milagros, por donde se había visto pasar el árabe del Sinaí. La última tierra de Francia que descubrió Bonaparte fué el Cabo la Hogue; otro trofeo de Inglaterra.

El emperador se engañaba en lo referente al interés de su memoria al manifestar deseos de que le dejaran permanecer en Europa, donde no habría tardado en ser un prisionero vulgar o envilecido; su misión había concluído; pero más allá de los límites de ésta le esperaba una nueva posición donde podía rejuvenecerse con nueva celebridad. Ninguno de los hombres que han agitado el universo ha tenido un fin semejante al de Bonaparte. No le proclamaron como en su primera caída autócrata de algu-

nas minas de hierro o canteras de metal, a propósito las unas para forjar una espada, y las segundas una estatua: le dejaron sobre una roca en cuya cima permaneció como un águila hasta su muerte acechando el universo, y siendo a su vez visto de todo el mundo.

JUICIO SOBRE BONAPARTE. — SU CARÁCTER

En el momento en que Napoleón sale de Europa y abandona su vida para ir a buscar los destinos de su muerte, conviene examinar este hombre en sus dos existencias, la falsa y la verdadera; ambas se confunden y forman un todo de la mezcla de su realidad y su mentira.

De esta reunión resulta que el emperador era un poeta en acción, un genio inmenso en la guerra, un espíritu infatigable, hábil y sensato en la administración, y un legislador laborioso y razonable. Por eso hiere tanto la imaginación de los pueblos, y tiene tanta autoridad sobre el juicio de los hombres positivos. Pero como político, siempre será un hombre defectuoso a los ojos de los hombres de Estado. Esta observación, que se ha escapado a la mayor parte de sus panegiristas, tengo el convencimiento de que llegará a ser la opinión definitiva que explicará el contraste de sus acciones prodigiosas y de sus miserables resultados. En Santa Elena, él mismo condenó severamente su conducta política sobre dos puntos; la guerra de España y la guerra de Rusia, y aun pudo extender su confesión a otras culpas. Sus entusiastas no sostendrán, quizás, que, al criticarse, se ha engañado a sí mismo. Recapitulemos: Bonaparte obró con toda prudencia, sin que hablemos otra vez de lo odioso de la acción, al matar al duque de Enghien. A pesar de los pueriles apologistas, esta muerte, como ya hemos visto, fué la causa secreta de las discordias que estallaron posteriormente entre Alejandro y Napoleón como entre Rusia y Francia.

La empresa en España fué completamente impolítica; la península era del emperador, que podía sacar de ella el partido más ventajoso; pero en lugar de esto, hizo de ella una escuela para los soldados ingleses, y el principio de su propia destrucción por el levantamiento de un pueblo.

La detención del papa y la reunión de los Estados de la Iglesia a Francia, no fué más que un capricho de la tiranía,

por el que perdió la ventaja de pasar por restaurador de la religión.

Bonaparte no se contuvo después de haberse desposado con la hija de los Césares, como debió hacerlo; Rusia e Inglaterra le pedían gracia.

No dió vida a la Polonia, cuando del restablecimiento de este reino dependía la salvación de Europa.

Y se precipitó sobre Rusia a pesar de las recomendaciones de sus generales y de sus consejeros.

Prosiguiendo en su locura, pasó más allá de Smolensk, cuando todo le decía que no debía ir más lejos; que su primera campaña del Norte había terminado, y que la segunda (él mismo lo decía) le haría señor del imperio de los zares.

No supo ni computar los días, ni prever el defecto de los climas, que en Moscú todo el mundo computaba y prevenía. Véase en su lugar lo que he dicho del *bloqueo continental* y de la *Confederación del Rin*. El primero, concepción gigantesca, pero dudosa de realizar; la segunda, obra considerable, pero maleada en la ejecución por el instinto de campamento y el espíritu de fiscalización. Bonaparte recibió en donativo la vieja monarquía francesa, tal como la habían hecho los siglos, y una sucesión no interrumpida de hombres ilustres, tal como la habían dejado la majestad de Luis XIV y las alianzas de Luis XV; tal como la había engrandecido la República. Se sentó sobre este magnífico pedestal; extendió los brazos, asió a los pueblos, y los reunió a su alrededor; pero perdió a Europa con tanta prontitud como la había tomado, y llevó dos veces a París los aliados a pesar de los milagros de su inteligencia militar. Tuvo el mundo a sus pies, y de él no supo sacar más que una cárcel para sí mismo, un destierro para su familia, y la pérdida de todas sus conquistas y de parte del antiguo suelo francés.

Esta es la historia autorizada con los hechos que nadie podría negar. ¿De dónde nacían las faltas que acabo de indicar, seguidas de un desenlace tan rápido y tan funesto? Nacían de la imperfección de Bonaparte en política.

En sus alianzas no encadenaba a los gobiernos sino por concesiones de territorio cuyos límites no tardaba en modificar: descubriendo sin cesar el pensamiento oculto de recoger lo que había dado; haciendo sentir siempre la opresión de sus invasiones, nada reorganiza-

ba, excepto Italia. En vez de detenerse después de cada paso para reedificar en otra forma lo que había destruido, nunca alteraba su movimiento de progresión entre las ruinas, y marchaba tan ligero, que apenas tenía tiempo para respirar por donde pasaba. Si por una especie de tratado de Westfalia hubiera arreglado y asegurado la existencia de los Estados, en Alemania, en Prusia, en Polonia, en su primera marcha retrógrada, se habría encontrado con poblaciones satisfechas que le habrían proporcionado auxilios. Pero su poético edificio de victorias, falto de base y suspendido únicamente en el aire por su genio, se desplomó cuando éste comenzó a retirarse. El macedonio fundaba sus imperios corriendo: Bonaparte, corriendo, no sabía más que destruirlos: su único objeto era ser personalmente señor del mundo, sin ocuparse en los medios para conservarlo.

Se ha querido hacer de Napoleón un ser perfecto, un tipo de sentimiento, de delicadeza, de moral y de justicia; un escritor como César y Tucídides; un orador y un historiador, como Demóstenes y Tácito. Los discursos públicos y sus frases de campamento son tanto menos inspiradas por el soplo profético, cuanto que anunciaban desgracias que no se cumplieron, mientras que él sí ha desaparecido. Bonaparte ha sido verdaderamente el destino durante diez y seis años: el destino es mudo, y Napoleón hubiera debido serlo. Bonaparte no era César; su educación, ni era sabia ni escogida, y, medio extranjero, ignoraba las primeras reglas de nuestro idioma. Sin embargo, ¿qué importa eso, si daba la voz de mando al universo? Sus boletines tienen la elocuencia de la victoria, y algunas veces, en la embriaguez del triunfo, afectaba redactarlos sobre un tambor: de en medio de los más lúgubres acentos partían fatales carcajadas. Yo he leído detenidamente lo que ha escrito Bonaparte; los primeros manuscritos de su infancia, sus novelas, sus folletos a Buttafuoco, la *Cena de Beaucaire*, sus cartas secretas a Josefina, los cinco volúmenes de sus discursos, órdenes, boletines, y despachos inéditos, mejorados por la redacción de los escritorios del señor de Talleyrand, no he encontrado nada entre ellos; sólo un autógrafo dejado en la isla de Elba, contiene pensamientos que parecen propios del gran insular:

«Mi corazón se niega a las alegrías comunes tanto como al dolor ordinario.»

«No habiéndome dado la vida, tampoco me la quitaré, en tanto que ella quiera residir en mí.»

«Mi ángel malo se me apareció, y me anunció mi fin, que he encontrado en Leipzig.»

«Yo he conjurado el terrible espíritu de novedad que recorría el mundo.»

Esto es, indudablemente, del verdadero Napoleón.

Si sus boletines, discursos, alocuciones y proclamas se distinguen por la energía, ésta no le pertenecía en propiedad exclusiva, puesto que era de su tiempo y venía de la inspiración revolucionaria que se debilitó en Bonaparte, porque marchaba en sentido inverso a ella; Danton decía: «El metal hierve, y si no cuidáis del hornillo, todos os abrasaréis.» Saint-Just decía: «¡Atreveos!» Estas frases contienen toda la política de nuestra Revolución; los que hacen revoluciones a medias sólo cavan un sepulcro.

¿Podrá encontrarse más altivez de expresión en los boletines del emperador?

En cuanto a los numerosos volúmenes publicados con el título de *Memorias de Santa Elena, Napoleón en el destierro*, etcétera, etc.; documentos recogidos de boca de Bonaparte, o dictados por él a diferentes personas, tienen algunos hermosos pasajes sobre acciones de guerra, varias apreciaciones notables sobre ciertos hombres; pero, en definitiva, Napoleón sólo ha pretendido hacer en ellos su apología, justificar su pasado, construir sobre ideas gastadas sucesos consumados, y cosas en las que jamás había pensado durante el curso de los acontecimientos. En esta compilación, donde el pro y el contra se suceden a cada momento, es difícil separar lo que corresponde a Napoleón de lo que pertenece a sus secretarios. El dictaba su historia tal como quería dejarla; era un autor que escribía artículos sobre su propia obra. Nada, pues, más absurdo que extasiarse en repertorio de tantas manos, que no son, como los *Comentarios de César*, una obra corta, producto de una gran cabeza, redactada por un escritor superior; y, sin embargo, estos *Comentarios*, como creía Asinio Pollion, no eran ni exactos ni fieles. El *Memorial de San-*

ta Elena es bueno para el candor y para la sencillez de la admiración.

Una de las cosas que más ha contribuido a hacer odioso a Bonaparte durante su vida, era su inclinación a recomponerlo todo: en una ciudad destruida, dictaba unos decretos sobre el restablecimiento de algunos cómicos, y otros que suprimían monarcas; parodia de la omnipotencia de Dios, que arregla la suerte del universo y la de una hormiga. A la caída de los imperios mezclaba insultos a mujeres; complaciase en la humillación de lo que había abatido, y calumniaba y hería especialmente a todo lo que había osado resistírsele. Su arrogancia igualaba a su fortuna, y creía aparecer tanto más grande, cuanto más rebajaba a los demás. Envidioso de sus generales, les acusaba de sus propias faltas, porque él jamás había podido cometerlas. Después del desastre de Ramillies, no hubiera dicho como Luis XIV al mariscal de Villeroi: «Señor mariscal, a nuestra edad ya no es uno afortunado.» ¡Interesante magnanimidad que ignoraba Bonaparte! El siglo de Luis XIV estaba hecho para Luis el Grande, y Napoleón hizo el suyo.

La historia del emperador, trocada por tradiciones falsas, será falseada también por el estado de la sociedad en la época imperial. Toda revolución escrita en presencia de la libertad de la prensa, puede dejar que la vista penetre hasta los hechos, puesto que cada cual los refiere como los ha visto: el reinado de Cromwell es conocido, porque se decía al protector lo que se pensaba de sus actos y de su persona. En Francia, aun bajo la República, no obstante la inexorable censura del verdugo, la verdad traspiraba, la facción triunfante no era siempre la misma, que también sucumbía, y entonces la vencedora os mostraba lo que os ocultara la anterior: había libertad de un cadalso a otro, entre dos cabezas cortadas. Pero cuando Bonaparte se apoderó del poder; cuando el pensamiento fué encadenado; cuando sólo se oyó la voz de un despotismo que no hablaba sino para elogiarse y que no permitía hablar de otra cosa más que de él, la verdad desapareció.

Las piezas de este tiempo que se llaman a sí propias auténticas están corrompidas; nada se publicaba, ni libros, ni periódicos, sino por orden del amo: Napoleón corregía los artículos de *El Monitor*, y los prefectos remitían de los

diversos departamentos las congratulaciones y felicitaciones tales como las autoridades de París las habían dictado y transmitido, expresando una opinión pública convenida, enteramente diversa de la opinión real. ¡Escribid la historia conforme a tales documentos! Para probar vuestros imparciales estudios, cotejad los auténticos, y sólo encontraréis una mentira en apoyo de otra.

Si pudiera ponerse en duda esta impostura universal; si personas que no han visto los días del Imperio se obstinasen en tener por sincero lo que hallasen en los documentos impresos o lo que desenterraran de ciertos legajos de los ministerios, bastaría apelar a un testimonio irrecusable, al senado *conservador*; en el decreto que he citado anteriormente habéis visto sus propias palabras: «Considerando que la libertad de la prensa ha estado continuamente sometida a la censura arbitraria de su policía, y que, al mismo tiempo, *siempre se ha servido de la prensa para llenar Francia y Europa de hechos disputados y máximas falsas; que actas y dictámenes* oídos por el Senado han sufrido alteraciones en la publicación que de ellos se ha hecho, etcétera.» ¿Hay algo que contestar a esta declaración?

La vida de Napoleón es una verdad incontestable, que la impostura se había encargado de escribir.

Un orgullo monstruoso y una afectación incesante formaban el carácter del emperador. En el tiempo de su dominación, ¿qué necesidad tenía de exagerar su estatura, cuando el dios de la guerra le había suministrado ese carro cuyas *ruedas están vivas?*

Tenía sangre italiana, y su naturaleza era compleja; los grandes hombres, familia muy reducida sobre la tierra, no encuentran, por desgracia, más que a sí mismos para imitarse. A la vez modelo y copia, personaje real y actor representando este personaje, Napoleón era su propio yo; él no se hubiera creído un héroe a no haberse disfrazado con los vestidos de ese héroe. Esta extraña debilidad dió a sus sorprendentes realidades algo de falsedad y de equívoco: té-mese tomar al rey de los reyes por Roscio o a Roscio por el rey de los reyes.

Las cualidades de Bonaparte están tan adulteradas en las gacetillas, versos, folletos y hasta en las canciones del imperialismo, que es imposible reconocerlas.

Todo lo que se le ha prestado de interesante son hablurías que desmienten las acciones de su vida.

La *Grand'mère* de mi ilustre amigo Béranger, no es más que un admirable Pont-Neuf. Napoleón no tenía nada de amable, pues, dominación personificada como era, tenía un aspecto seco, cuya frialdad servía de antídoto a su imaginación ardiente; no encontraba jamás en sí una palabra, sino un hecho dispuesto siempre a irritarse de la más pequeña independencia: una mosca que volase sin su consentimiento, era a sus ojos un insecto rebelde. Y no era todo el mentir a los oídos; era preciso mentir a los ojos. Aquí, en un grabado, se ve a Bonaparte que se descubre ante los heridos austriacos; allí toca Napoleón a los apestados de Jafa, y nunca se acercó a ellos, y en otro atraviesa el San Bernardo sobre un caballo fogoso, y en medio de torbellinos de nieve, y hacía el tiempo más hermoso del mundo.

¿No se pretende transformar hoy al emperador en un romano de los primeros días del Monte Aventino, en un misionero de la libertad, en un ciudadano que no instituya la esclavitud sino por amor a la virtud contraria? Juzgad por estos dos rasgos del gran fundador de la igualdad. Ordenó anular el matrimonio de su hermano Jerónimo con la señorita Paterson, porque el hermano de Napoleón no podía aliarse sino con sangre de príncipes; más tarde, a su vuelta de Elba, reviste la nueva constitución *democrática* con una cámara de *pares* y la corona con el *Acta adicional*.

Que el emperador, continuador de los triunfos de la República, sembrase por todas partes principios de independencia; que sus victorias ayudaran a la relajación de los lazos entre los pueblos y los reyes, y arrancasen estos pueblos al poder de las viejas costumbres y de las antiguas ideas; que en tal sentido haya contribuido a la libertad social, son cosas que no pretendo poner en duda; pero que por propia voluntad haya trabajado a ciencia cierta en la independencia política y civil de las naciones; que estableciera el despotismo más estrecho en la idea de dar a Europa, y particularmente a Francia, la constitución más amplia; que no haya sido más que un tribuno disfrazado de tirano, éstas son suposiciones que me es imposible admitir.

Bonaparte, como la raza de los príncipes, sólo ha querido y buscado el po-

der, llegando a él, sin embargo, al través de la libertad. La Revolución, que era su nodriza, no tardó en presentarsele como una enemiga: el emperador, por otra parte, conocía muy bien el mal, cuando el mal no venía directamente del emperador, porque no estaba desprovisto de sentido moral. El sofisma, establecido hoy sobre el amor que profesaba a la libertad, no prueba más que una cosa: el abuso que se puede hacer de la razón, y que hoy se presta a todo. ¿No se dice ahora que el Terror fué un tiempo de humanidad? En efecto, ¿no se pedía la abolición de la pena de muerte cuando a tanta gente se mataba? ¿Los grandes civilizadores, como *se les llama*, no han inmolado siempre hombres, y no es por esto por lo que *se demuestra* que Robespierre era el continuador de Jesucristo?

El emperador se ocupaba en todas las cosas, y jamás descansaba su inteligencia, pues tenía una especie de agitación perpetua de ideas. En la impetuosidad de su naturaleza, en vez de andar con paso franco y continuo, avanzaba dando saltos sobre el universo, y nada quería de éste, si había de verse obligado a esperar. Ser incomprensible, que hallaba el secreto de rebajar sus más culminantes acciones, desdeñándolas, y de alzar hasta su altura sus actos menos elevados. De voluntad impaciente y paciente de carácter, incompleto y como inacabado, Napoleón tenía vacíos en su genio: su entendimiento se parecía al cielo de ese otro hemisferio, bajo el cual debía ir a expirar, a ese cielo, cuyas estrellas están separadas por espacios vacíos.

Se pregunta por qué prestigio Bonaparte, tan aristócrata y enemigo del pueblo, pudo llegar a la popularidad que alcanzó; porque, ciertamente, este fabricante de yugos ha permanecido popular en un país cuya pretensión ha sido levantar altares a la independencia y a la igualdad: ésta es la solución del enigma.

Una experiencia continuá hace reconocer que los franceses se inclinan instintivamente al poder; no aman la libertad, y sólo la igualdad es su ídolo; pero la igualdad y el despotismo tienen pactos secretos. Bajo estos dos aspectos, Napoleón tenía su origen en el corazón de los franceses, militarmente inclinados al poder y democráticamente adictos a la igualdad. Subido al trono, allí hizo sentarse al pueblo con él; rey proletario, humilló en las antecámaras a los reyes y a los nobles, y niveló las clases, no reba-

jándolas, sino elevándolas. Otra causa de su popularidad está en la ficción de sus últimos días. Después de su muerte, y a medida que se conoció mejor lo que había sufrido en Santa Elena, empezaron a enternecerse, y se olvidó su tiranía para acordarse de que después de haber vencido a nuestros enemigos y en seguida haberlos traído a Francia, nos había defendido contra ellos; su fama provino de su infortunio, su gloria se aprovechó de su desgracia.

En fin, los milagros de sus armas han entusiasmado a la juventud, enseñándonos a adorar la fuerza brutal. Su inaudita fortuna legó a cada ambición la esperanza de llegar a donde él había llegado.

Y, sin embargo, este hombre, tan popular por el nivel que había tendido sobre Francia, era el enemigo mortal de la igualdad y el más grande organizador de la aristocracia en la democracia.

No puedo convenir en los falsos elogios con que se insulta a Bonaparte queriendo justificar su conducta; no puedo renunciar a mi razón, ni extasiarme ante lo que me causa lástima u horror.

Si he conseguido expresar lo que siento, será mi retrato una de las primeras figuras de la historia; pero nada he adoptado de esa criatura fantástica compuesta de mentiras; ficciones que yo he visto nacer, y que, tenidas al principio por lo que eran, han pasado con el tiempo al estado de verdad por la infatuación y la imbecil credulidad humana. Prefiero pintar los personajes en conciencia, sin quitarles lo que tienen, sin darles lo que no tienen.

Tal es el embarazo que causa al escritor imparcial una brillante fama: él la separa cuanto puede con objeto de ponerla en descubierto, pero viene la gloria como un vapor radiante, y cubre al instante el cuadro.

SI BONAPARTE NOS HA DEJADO EN FAMA LO QUE NOS HA QUITADO EN FUERZA.—INUTILIDAD DE LAS VERDADES EXPUESTAS ANTERIORMENTE. — ISLA DE SANTA ELENA. — BONAPARTE ATRAVIESA EL ATLÁNTICO. — NAPOLEÓN DESEMBARCA EN SANTA ELENA. — SE ESTABLECE EN LONGWOOD. — SU VIDA EN ESTA RESIDENCIA.

Por no confesar la aminoración de territorio y de poder que debemos a Bonaparte, la generación actual se consuela